

El hedor de América (fragmento de la Introducción)

Me enseñaron en la escuela primaria, si era verdadero no era falso, después en la secundaria, se complejizó, por la contradicción de las cosas, las situaciones y lo humano. Ya en la universidad, la vida se había alejado de las aulas y solo valían las categorías que nos relacionaban a quienes integramos esa comunidad: afirmación, negación o negación de la negación, para una nueva certeza. En el posgrado apareció la sorpresa de la intuición que venía sospechando, y el encanto de las clases de Carlos Cullen me acercaron al pensamiento de Rodolfo Kusch en el que descubrí que lo opuesto es dinámico, todos somos luminosos y nos sostenemos en nuestras sombras a la vez; como en América Profunda, donde lo opuesto puede ser *ser/estar* y no *ser/estar* al mismo tiempo, por el principio del tercero excluido, principio que occidente abdicó para su acumulación y posesión de las cosas, los hombres y las reglas.

Nos enseñan las cosas como producto de la lucha, cristalizadas, sin movimiento, nos hacen perder la dimensión del mismo devenir, apelan a la epistemología de la certeza sin duda y no cambiante, configurando una estabilidad de un sistema hegemónico; donde el antagonismo no se tiene en cuenta, donde parece que todos somos iguales y todos podemos progresar sin considerar que somos diferentes, y que el que mueve la historia es el conflicto, reflejado en lo implícito de las cosas y las palabras, armados en los discursos y en los imaginarios sociales.

Esto trae Rodolfo Kusch, la búsqueda de los supuestos axiológicos en el fondo del pensamiento hegemónico occidental, para ser alguien con lo profundo del relato de las creencias americanas en los pueblos andinos, que simbolizan **la vida para el mero estar, para ser parte de la cosmología, en comunidad**. Mientras occidente a lo que más teme es a la pérdida de sentido de la acción, por eso se refugia en el proceso de validación, el pensamiento americano se sostiene en el principio irreductible de la evidencia. Dos relatos de sostenimiento axiológico que no son opuestos, conviven en un tiempo y espacio, en un territorio que conlleva la esperanza de otro horizonte humano, superpuestos, **entre la tierra y el cielo, entre lo divino y lo profano**. Donde juega la pulcritud, el hedor, la ira, la fe, la astucia del vivir o la razón universal a los lazos del vivir.

No hay historia sin imperio, no hay historia sin posicionamiento colectivo, y **nuestra posición es americana**, con los lazos implícitos que nos deja la colonialidad en la cultura, la economía y la política. Es desde donde partimos, donde estamos parados. Esto aportó Kusch el sentido, ya no la causa del pensamiento americano, que está en la ciudad, en el campo, en el pueblo andino, en la vida. Kusch aporta desde América la filosofía del posicionamiento colectivo anclados en los supuestos que nos rodean, más cercanos a nuestra vida para cuestionar lo obvio, para ampliar los horizontes de lo fagocitado que nos inhibe de generar otro relato, otra acción, sin alteridad vanguardista, pero en comunidad. Lo profundo de trabajar a Rodolfo Kusch no es por lo que hizo, sino por lo que se puede generar desde su umbral aportado al pensamiento americano, una metodología que cambió la contemplación por la escucha, donde la palabra del otro

recobra sentido en lo colectivo, cuestionando, interpelando al mundus académico y vislumbrando sentido en la sabiduría para el mero estar, en la vida no más.

(...)

En América se trata de organizar un trayecto que va desde el cosmos, como organizador del caos original, a fin de que el hombre pueda vivir y “no dejarse ilusionar con la civilización ficticia, sino por el contrario, reconocer su realidad viviente, desplegar en lo demoníaco y vegetal sus posibilidades, no vergonzantes ni del hedor ni del diablo, y poder construir así una América madura, la que brota desde la barbarie, y no contra la barbarie”. En el continente mestizo, como dice Kusch, “la naturaleza, está primero que el hombre [...] América continúa inmersa en ese gran fondo irracional que es la naturaleza”. Entre la tensión de lo sagrado y lo profano, donde Occidente se refugia en la ciencia; el indígena, el campesino, el obrero, el indigente, en América se refugia en la magia, desde los sentidos del olor y la escucha, en el umbral del hedor y la distancia amurallada de la pulcritud. Mientras occidente se amparó en la culpa como organizador de la fe, América antepone la conjura como posibilidad del estar siendo.

La Historia que describe la ciencia occidental, no puede dar cuenta de la historia particular que se vive en América; de lo más cercano a la nuestro. Donde el saber propio del pueblo latinoamericano, que es milenario, ha tenido su propia forma de percibir el mundo a través del mito y del rito. La historia universal tiende a cosificar los hechos, los vínculos, generando una historia chica de un relato de dominación y posesión de las cosas; brinda una historia chica que es un simple relato antropocéntrico que relata lo humano. **Una historia reducida y reduccionista, historia selectiva y excluyente, es una pequeña historia que relata sólo el acontecer de los últimos 400 años europeos.** Mientras la historia grande es la historia del *estar-ahí*, la historia de la existencia misma, que no se cuenta porque no necesita afirmaciones ni negaciones, es la historia de la especie. La historia chica es la que genera el patio de los objetos. La historia grande no tiende a una evolución, sino que ha de desenroscarse naturalmente, en la vivencia del existir. Kusch indaga sobre la identidad, desde el ser alguien como umbral de horizonte de Occidente, donde el pa'mi, posibilita la búsqueda de las cosas sagradas en el estar siendo en un lugar. En el suelo que habitamos, punto de convergencia entre el pa'mi y el mundo exterior. Configurando la cultura como decisión, como acontecer, como expresión de su vivir; enajenado por el sueño occidental, idealizado y avergonzado de su propia identidad, cultura y creencias. El aporte más nombrado del pensamiento de Kusch es el estar, en su diferenciación con el recorrido filosófico del ser occidental. Donde el miedo, y la ira en América, se configuran en la espacialidad de la inquietud, en lo dinámico de la vida, rescatando el silencio, el ayuno, como nota característica del mero estar. (...) Como nos dice Rodolfo Kusch, “en el fondo de todo no estoy yo, sino que estamos nosotros”.

José A. Tasat